

# Tres testimonios sobre el diario íntimo

Recogidos por Manuel Alberca

AL FINAL DEL ARTÍCULO "El diario íntimo, hoy. Encuesta", publicado en el Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos (nº 2, 1997, págs. 11-25), en el que comenté los resultados más relevantes de dicha encuesta, anunciaba la continuación de la investigación para matizar la inevitable generalización que supone cualquier encuesta. En aquel trabajo había entrevistado sólo los aspectos más esquemáticos de esta práctica, y era consciente de que mostraba, cual radiografía, el esqueleto de un cuerpo, que se adivinaba vigoroso e interesante. Era por tanto preciso descubrir los músculos y gestos de ese cuerpo, de los que la encuesta nos daba apenas detalles aislados e inconexos.

Siguiendo el magisterio de Philippe Lejeune, hacía un tímido llamamiento a los diaristas que pudieran leer aquellas páginas para que, a través de una carta, me dieran testimonio de su diario. A aquella petición, sin apenas repercusión, siguieron dos más, de las que sí conseguí respuestas muy apreciables, si bien diferentes en número. De la primera, en la revista Lateral (enero, 1998), en forma de carta-artículo extenso, obtuve diez testimonios, y de la segunda, en Qué leer (abril, 1998), he tenido contestación de más de sesenta corresponsales hasta hoy (15 de junio de 1998); entre ambos llamamientos suman ya 120 cartas. Por resumir, con brevedad extrema, lo que pedía, reproduzco a continuación el texto del último:

"¿Llevas un diario íntimo? ¿Sabes que miles de personas lo llevan también, o lo han llevado, por gusto o necesidad? Soy un profesor de literatura que estudia la práctica de los diarios de personas anónimas a través de testimonios personales. ¿Quieres participar en esta investigación? Escríbeme una carta con la biografía de tu diario (comienzo, duración, frecuencia, soporte, función, lectura, corrección, destrucción, etc.). ¡Prometo contestarte y, por supuesto, guardar discreción de diarista! Manuel Alberca. Universidad de Málaga. Facultad de CC. de la Educación. 29071 Málaga."

Hacer un llamamiento de este tipo es como lanzar un mensaje en una botella: el angustiado naufrago y el perplejo receptor, cada uno por su lado, se preguntan: quién lo recibirá, quién será el que me llama. ¿Me interpretará correctamente? ¿Será una broma? ¿Me tomarán el pelo? Etc. Quiero decir que el llamamiento supone algún riesgo desde el lado del que lo lanza, pero también desde el que lo contesta, pues confía información de algo que es secreto e íntimo a un desconocido, del que sólo se tiene una promesa de discreción. Pues bien, a pesar de todos estos obstáculos, el procedimiento ha funcionado muy bien, no sólo por las cifras que acabo de dar, que en sí mismas son, creo, expresivas, sino porque este intercambio se ha convertido desde mi punto de vista, y pienso que también para muchos de mis corresponsales, en una hermosa aventura epistolar, en un impagable regalo humano.

Las personas que se han tomado la molestia de escribirme, contándome la biografía de su diario, resultan admirables por tantas cosas, que han llegado a ser, aunque no las conozca, mis amigos. La mayoría, a pesar de lo abstracto de una petición de este tipo, han entendido perfectamente lo que buscaba: conocer la vida y las circunstancias de su diario, sin violentar la intimidad del mismo ni de la persona que lo lleva, sorteando cualquier contenido escandaloso o escabroso, por desgracia demasiado frecuente hoy en algunos medios de comunicación. Algunos de mis

corresponsales, sin pedir nada a cambio, con una generosidad excepcional, me han transmitido (yo no había osado pedirlos en principio) fragmentos de sus diarios o cuadernos enteros fotocopiados, otros me los han ofrecido.

Al lanzar estos dos llamamientos no sabía, como ya he dicho, qué acogida me dispensarían. Sabía muy bien lo que buscaba, no lo que encontraría. Quería profundizar en la existencia y en la variedad de los diarios íntimos inéditos, fuera de los archivos y bibliotecas, en donde no tenemos en España mucha costumbre de depositar este tipo de escritos. Tampoco sabía muy bien que haría con las respuestas, en el caso de obtenerlas. En algún momento había pensado que podía escribir un ensayo a partir de las cartas, y comentar los testimonios recibidos. Hubiera consistido en elaborar, a partir de los relatos epistolares, una poética de la escritura diarística con sus rasgos más constantes y sus temas y lugares comunes. O podía seguir las huellas ya trazadas por Lejeune en su libro *Cher cahier*, en el caso de recibir respuestas numerosas y de interés, que merecieran ser publicadas, por ser lo suficientemente expresivas y explicativas.

Después de lo que ha ocurrido, y de lo que ocurre todavía (las cartas siguen llegando), la opción elegida ha sido la segunda. Creo que será un libro sorprendente y gratificante tanto para los que llevan o llevaron alguna vez diario, como para los que no lo llevaron nunca. Los primeros tendrán la posibilidad

de asomarse a otros diarios, tan diferentes y tan parecidos al suyo, que es el único diario "vivo" e inédito que conocen. Quizá podrán comprender mejor su propio diario en relación con otros, saber que no son "raros" ni especiales, que hay otras muchas personas con su misma pasión o necesidad de escribir sobre lo que les pasa o sobre sí mismos. A los segundos, les permitirá conocer un fenómeno que quizá desconocían o que descalificaban con prejuicios sin fundamento.

Los tres testimonios, que publico aquí con la autorización de sus autores y bajo la identidad o anonimidad elegida, son por lo tanto un adelanto de lo que será *Querido diario* (título provisional del libro proyectado). Los cartas, que van a leer, son las primeras que me enviaron estos diaristas. Se publican tal y como sus respectivos autores las escribieron, salvo la supresión de los encabezamientos de las tres y de algunos fragmentos de la tercera, por exceder el espacio disponible, y de común acuerdo con la corresponsal. Cada una fue contestada, y en su caso interrogada, dando lugar a una segunda y hasta una tercera carta que precisaba o ampliaba las precedentes. No las he seleccionado porque las considere ni mejores ni más representativas que el resto, son eso sí un exponente cualificado de las múltiples y variadas formas que pueden revestir los diarios íntimos.

Manuel Alberca

## 1

Rosario H., 45 años, profesora, Córdoba.

**D**ESDE PEQUEÑA me ha gustado escribir. Recuerdo haber escrito mi primera "novela" (un cuaderno entero con muchos capítulos) a los diez años. Sin embargo, no escribí mi primer diario hasta los catorce. Ahora no sé por qué, después de haber escrito tantos relatos ficticios, esperé tanto tiempo para empezar a escribir sobre mí misma.

El día que cumplí catorce años mis amigas me regalaron el "cuaderno mágico" que aún conservo: pastas verdes con las letras incrustadas en oro, "mi diario", también las páginas tenían el canto dorado y dorados eran también el candado y la llave.

Ese mismo día empecé a escribir "lo que tanto había deseado" (así lo digo en la primera página), como si no hubiera podido escribir antes en cuaderno cualquiera, como si hubiera esperado durante mucho tiempo a que alguien me regalara el único formato posible, como si ese tipo de escritura tuviera que ir forzosamente ligada a la magia del candado, de la llave y del título dorado "mi diario".

Escribía en él cada noche, generalmente antes de acostarme y no necesitaba estar sola para hacerlo, escribía delante de mis padres o de mis hermanos, (ninguno de los cuales llevó nunca un diario), e incluso anotaba los comentarios que hacían al res-

pecto. Llevar diario hacía sentirme superior, como si estuviera en posesión de un tesoro inaccesible a los demás, una caja de sorpresas y secretos guardados celosamente con llave y de cuya posesión me gustaba presumir. Lo que encerraba el cuaderno era secreto pero no su tenencia ni su uso. Me pregunto si no había en mí un cierto sentido exhibicionista.

Este primer cuaderno es el más "descriptivo" de los que conservo. Escribía sobre lo que hacía cada día, mi familia, el colegio, las clases, pero sobre todo de mis amigas y de "los chicos". Supongo que estaba influida por los libros de Martín Vigil que entonces leíamos, por los famosos "Diario de Ana M<sup>a</sup>" y "Diario de Daniel". Y también por algunos diarios de "chicas modelo" que nos daban a leer las monjas durante los Ejercicios Espirituales.

A veces describía situaciones muy minuciosamente, incluso reproducía conversaciones enteras. Con frecuencia adquirían un tono religioso y eran realmente cartas a Jesús o María donde les contaba todo lo que hacía y les pedía consejo o me justificaba...

Compartía mi afición a la lectura, a la escritura y al diario con una amiga íntima. A veces me dirigía a ella y le decía cosas que no me atrevía a decirle personalmente. Un día, en un rasgo de exaltación de la amistad, nos intercambiamos los diarios. Fue una experiencia maravillosa, lloramos, reímos leyéndolos (cada una el contrario), y luego cada una escribió en el diario de la otra su comentario personal, lo que habíamos sentido al leerlo... Fue como haber puesto un sello de oro a nuestra amistad, que entonces nos parecía única e irrepetible.

Cuando se acabaron las páginas, seguí escribiendo en hojas sueltas y numeradas que guardaba en el mismo cuaderno, siempre bajo llave, hasta que no cupieron más.

Seguí después en un cuaderno normal, de espiral. No recuerdo donde lo guardaba pero sé que nunca tuve un "celo" excesivo. Supongo que no quería que nadie lo leyese pero esta circunstancia no me preocupaba demasiado.

Hasta los diecisiete años, final de primero de facultad, seguí escribiendo de manera bastante regular y continua, pero el contenido iba cambiando. Cada vez hablaba menos de los "hechos" y más de los "sentimientos". Expresaba mis reacciones ante ciertos acontecimientos que no contaba en absoluto, de tal manera que si una persona extraña hubiera tenido acceso a esos papeles habría pensado que estaban escritos a propósito para burlarme de la curiosidad del lector. Para mí, en cambio, eran transparentes y aún hoy cuando los releo me evocan un montón de situaciones a las que sólo se hace vaga referencia. Mis temas favoritos eran entonces mis dudas religiosas y mi papel en la vida, en la familia, entre mis amistades, en la Universidad...

A partir de los dieciocho años dejé de tener el cuaderno tradicional en el que vas escribiendo de una manera ordenada una página tras otra.

Seguí escribiendo primero en un cuaderno pero ya sin orden (un día una página del final, otro en medio, otro al principio...) Mezclados con otros escritos, pero ¡eso sí!, siempre fechados, lo que me permite, a pesar del desorden, establecer una secuencia cronológica, luego, en folios sueltos, guardados aquí y allá y escritos de manera discontinua. A este período corresponden algunos escritos que hacen referencia a vivencias emocionales muy fuertes: la muerte de mi padre, mi "abandono" de la religión que viví de una manera agónica y unamuniana, mi entrada en el mundo laboral...

Poco a poco los escritos se hicieron cada vez más esporádicos, de manera que durante cuatro o cinco años no puedo hablar de un verdadero diario, sino más bien de escritos aislados, sin ninguna conexión entre sí y de largos períodos de silencio absoluto que no correspondían a períodos de monotonía vital, más bien al contrario, fueron años muy intensos, quizás los que ocuparía la parte más larga de un supuesta biografía y, sin embargo, no sé por qué no sentí la necesidad de escribir.

A los 28 años recuperé el viejo hábito, esta vez en folios fechados y seguidos que guardaba en una carpeta azul. El protagonismo le correspondía ahora

a las ciudades y paisajes visitados y vividos, a la familia (sobre todo mi madre que quizás sea uno de los personajes más asiduos en mis escritos), a la emoción producida por algún espectáculo, una música, una película ... a los sentimientos provocados por mis relaciones con los demás ...

Aún sigo con la misma carpeta azul y con los folios numerados. En estos quince años apenas habré escrito ciento cincuenta folios y sobre todo en los últimos tiempos de manera muy, muy esporádica y muy irregular; un día puedo escribir dos folios y otro en cambio sólo una línea.

Durante mi trayectoria diarística no ha existido nunca por mi parte una voluntad de seleccionar temas y, sin embargo, hay parcelas y personas de mi vida que apenas aparecen en estos papeles. Uno de esos temas curiosamente es el trabajo, a pesar de que siempre ha ocupado un espacio muy importante en mi vida hasta llegar a resultarme a veces terriblemente absorbente. Quizás sea debido a que es mi faceta más pública, menos íntima, quizás, no sé ...

En cuanto al grado de "secretismo" que acompaña a los diarios, en mi caso nunca ha sido absoluto. Después de aquella experiencia de mi adolescencia en que le dejé mi primer diario a mi mejor amiga, ha habido otras ocasiones en que he dejado leer ciertas partes a personas allegadas a mí, e incluso no me ha molestado demasiado que lo hayan leído sin yo saberlo (cosa que alguna vez ha sucedido). En esto no me identifico en absoluto con los diaristas que consideran la violación de sus secretos como una agresión imperdonable. Lo que sí me molesta son las malas interpretaciones (cosa que también me ha sucedido, dando lugar a desagradables malentendidos). Cuando una persona que lee un diario está en una onda de sensibilidad muy alejada de la del autor (cosa que no tiene nada que ver con el mayor o menor grado de cercanía afectiva), se pueden dar extrañas situaciones de incomprensión o lo que es más grave de burla o menosprecio que pueden resultar incluso ofensivas. Este tipo de situaciones, o mejor este tipo de lector es el que yo trataría de evitar a toda costa.

En los últimos tiempos mi relación con el diario ha acabado. Aún escribo de vez en cuando sobre mí pero mi diario se mezcla con el de mi hija.

No soy partidaria de los vídeos infantiles y, sin embargo, me gustaría apresar para siempre ciertas frases, ciertas conversaciones suyas en su inicio del descubrimiento del mundo y por eso, no sólo escribo mis palabras sino también las suyas, por miedo a que se me olviden y se pierdan para siempre.

No sólo ha cambiado con el tiempo mi relación con el diario sino también su valor. Durante muchos años he conservado mis primeros diarios en una caja de zapatos que me ha acompañado en mis desplazamientos de ciudad o en los cambios de casa. Con frecuencia pensaba que si algún día hubiera un incendio, lo primero que salvaría sería esa caja. Como si la destrucción de esos cuadernos pudiera suponer también la destrucción de mi pasado y en definitiva de parte de mi persona. Hace algún tiempo, sin embargo, que su posesión me parece un lastre del que me gustaría liberarme. Pienso que si yo desapareciera esos papeles no interesarían a nadie y al mismo tiempo podrían constituir una herencia incómoda. Esto me ha hecho plantearme por primera vez la idea de destruirlos. Esta idea además no me resulta en absoluto dolorosa (cosa inimaginable hace unos años), y sólo lamento la pérdida de unas cuantas páginas, no por lo que dicen sino por cómo lo dicen. Es decir, si ahora tuviera que hacer una selección y salvar sólo una parte de mis diarios no salvaría las referencias a los momentos más intensos ni a las vivencias más gratas, sino las páginas mejor escritas. Es como si ahora, a treinta años de sus inicios, mis diarios me parecieran solamente un larguísimo ejercicio de redacción.

Y recapitulando, por primera vez en mi vida, sobre la relación que durante tantos años hemos mantenido mi diario y yo, tengo que confesar que a veces he actuado de censora. A lo largo de todos estos años he releído con frecuencia mis diarios anteriores y, a veces, he tachado frases, a veces (muy pocas, muchas menos de las que en realidad me hubiera apetecido), he arrancado páginas enteras. Lo que nunca he hecho, en cambio, a pesar de las ganas, es modificar el texto escrito. Siento una gran repulsa por todas las partes que están mal escritas o por todo lo que tiene un marcado tono melodramático, pero como he dicho anteriormente, no he destruido apenas nada y no he retocado nada en absoluto, ni siquiera esas partes que detesto tanto.



Recuerdo también una anécdota curiosa relacionada con el diario. En numerosas ocasiones (principalmente antes de un viaje, de una operación ... o cualquiera otra situación que entrañase un cierto riesgo) relefa la última página del diario y la relefa como si fueran las últimas palabras de mi vida. Si ese final no me gustaba (porque daba una imagen demasiado pesimista de mí, por ejemplo, o porque hablaba mal de alguien a quien yo en el fondo apreciaba, etc.), no lo tachaba ni lo cambiaba, pero sí escribía algo más, algo que sin ser falso a mí me gustara como final. Siempre he sido consciente de que las últimas palabras escritas un día cualquiera adquirirían un enorme valor en el caso de que fueran definitivamente las últimas. Me angustiaba la idea de que me ocurriera algo y de que algún ser querido se quedara con un mal sabor de boca por leer unas declaraciones que podían ser simplemente fruto de un mal momento. ¿Se le puede llamar a esto manipulación? (Atención, manipulación, no mentira.) Es probable, pero el diario no es más que una cara de la vida y ¿no manipulamos constantemente nuestras vidas?, pues yo también, a veces he manipulado mi diario, que es algo a lo que todo diarista tiene derecho.

¿Qué más puedo decir? No sé cuál será el futuro de mis diarios, quizás sean destruidos, quizás no. El hecho de haber podido colaborar en este trabajo de investigación aportando mi pequeño grano de arena ha servido para concederles un poquito de atención y para que recuperen ante mis ojos un poco del valor que habían perdido últimamente.

## 2

**Hombre, 35 años, no precisa la profesión, capital de provincia**

**H**E LEÍDO su anuncio en *Qué Leer* sobre su interesante iniciativa sobre los diarios íntimos.

Yo soy un señor de la ciudad de X de toda la vida, de 35 años, y de total insignificancia social, que hace tiempo que no llevo diarios, pero como le sospecho curioso y a mí me entretiene muchísimo exhibir mis extravagancias por correo, le hago la historia de mi diario íntimo.

Comencé un diario íntimo, mecanografiado, en el verano de 1979, cuando tenía 16 años, que mantuve hasta 1983, eso quiere decir unos 4 años, al principio el diario era larguísimo y propio de un muchachuelo que pensaba que llegaría a ser escritor y que daba una gran importancia a sus propias tribulaciones. Escribía dos o tres veces por semana, más o menos, y solía releerlo para admirar la profundidad de mi pensamiento (creo que es evidente que el escribir diarios implica una cierta autoestima). Sin embargo, en mi diario no había mucho que contar porque yo era un colegial (y más tarde universitario fracasado) de vida muy morigerada. Veía la tele y escribía absurdas novelas de ciencia-ficción, no leía mucho por entonces (supongo que consideraba al resto de los autores, fuera de mí, poco interesantes).

En 1983 una catástrofe cambia el sentido de mi vida.

Diez años más tarde, tras otra catástrofe de índole privada, comienzo a llevar un humildísimo diario anual, como mero apoyo para precisar mis recuerdos, pues empiezo a ver que apenas si sé en qué se me ha pasado el tiempo. Mi diario personal consiste en una cuartilla en la que anoto lo que hice cada mes, lo cual no es mucho, el dinero que he podido ganar, si he ganado algo, y algún proyecto insignificante y alguna incidencia. Tres o cuatro líneas por mes más o menos, el año entero me cabe en una página.

En 1995, es decir, hace poco, tomo una iniciativa que quizá le interese. Comienzo a buscar "amistades por correspondencia", como los adolescentes, girando en torno a comentarios sobre lectura y recepción y exposición de extravagancias (esta misma carta es un ejemplo). Uno de mis anuncios en busca de correspondientes decía: "he leído mil libros, me gusta leer y contar historias".

Hoy tengo cinco o seis correspondientes en diversos grados de asiduidad, los dos más antiguos sobrepasan ya los dos años. El tema viene al caso de los diarios porque hago copias de todas mis propias cartas, de forma que estas copias vienen a resultar hoy el equivalente a un diario personal (nunca olvido las fechas). En mis cartas hay confidencias personales ocasionales, aunque casi siempre en tono satírico, y

referencias a sucesos de actualidad. Luego están mis extravagancias, las réplicas, comentarios sobre libros y mil y una ocurrencias. Así mismo, para satisfacer mi frustrada vocación de escritor, les cuento "folletones" por capítulos a mis corresponsales. Me resultan historias muy interesantes y hasta divertidas, aunque no sé si a mis corresponsales les gustan, me las aguantan en todo caso.

A algunos de mis corresponsales no les cuento ningún detalle de mi vida, centrándome en comentar cosas como mi interés por las ciencias físicas, mis críticas a la ecología o sobre si debemos o no alabar a las sociedades primitivas, y qué son. Cosas tipo revista *Muy Interesante*.

Tengo dos corresponsales que son muchachitas adolescentes, a quienes trato con absoluta delicadeza, entre Sócrates y Lewis Carroll, porque pienso que, a su edad, me hubiera gustado tener a un "tío" que me sugiriera cosas sobre los libros (como he leído en las novelas), además, así me siento importante y misterioso.

Ahora mismo tengo un enorme montón de cartas y copias que agrupó en orden cronológico, así como mis folletones. También ahora estoy intentando escribir cuentos para concursitos (si saco uno le mandaré copia).

En resumen, mi colección de cartas suplanta ahora mi diario íntimo.

Pero como a vd. le interesan más bien los diarios íntimos específicamente, le preciso que mi diario (1979-1983) tenía más de mil páginas, pero en los últimos tiempos mi interés decayó (tanto como mi autoestima, supongo). Lo enterré al tener que abandonar mi domicilio familiar para hacer la mili, luego lo recuperé (papel de aluminio y bolsas de plástico: ¡funcionó!) para acabar destruyéndolo. No lo echo de menos.

Para cualquier cosa que vd. desee, curiosidad, lo que sea, escribame. Ya sabe que me encanta recibir cartas.

## 3

Rosa María G. G., 25 años, licenciada en Derecho, Murcia.

**H**OY ESTOY INTENTANDO estudiar. Ta-  
rea difícil cuando tienes bajo tu ventana a toda una manada de niños chillando como posesos y a sus padres, igual o más escandalosos que ellos, comiendo pipas en tu portal, poniendo verde a medio vecindario y no por cierto con queda y discreta voz (...).

Así que, perdida la esperanza de sacar hoy al día unas buenas horas de estudio, me decido a responder a tu anuncio. ¿Podría preguntarte por qué es exactamente tu estudio? No es desconfianza, sino curiosidad. Soy terriblemente curiosa (...).

Tengo 25 años y el horrible defecto de escribir un diario (...). Llevo desde los 14 años un diario. Ya tengo una caja llena. No he contado las páginas, para qué, odio las cuentas y no estoy echando una carrera con nadie. Pero son muchas y de una letrita tan pequeña y prieta como ésta. Son muchos años de mi joven vida.

Mi diario es un chico. Le hablo a él, personalizándolo. Tengo muy buenas amigas y me encantan las mujeres (soy feminista y progre, pero no de esas recalcitrantes y que se niegan a depilarse. Me chiflan los pintalabios y los tacones) pero para ciertas cosas prefiero a un hombre, porque carece de la malicia que chorrea de la mente de la mayoría de las mujeres, ese sexto sentido que sí tenemos, pero que no siempre agrada. Así que mi diario es un chico paciente, callado, que me conoce muy, muy bien; no le importa si un día no escribo en él. No me reprime, no me aconseja, no me mira con mohines de disgusto, no me juzga. Simplemente cobija mis desvelos, año tras año.

No quisiera parecerle un bicho raro, pero empecé mucho antes a escribir; he sido una niña espantosamente precoz para la lectura. Con 4 años leía de corrido, y con 10 agoté la Biblioteca Municipal (...). Cuando llegué con 14 años al Instituto tropecé con

un mundo que no sólo no valoraba mi bagaje personal, sino que simplemente me apartaba de él. Y comencé el diario no para alejarme más del mundo y de sus criaturas, sino para aprender y aprehender; como forma de entenderlo, entenderme y penetrar con seguridad en las bellezas de la vida, que ya intuía. Yo no quería renunciar a nada. Y no lo he hecho. Ahora soy la que soy gracias a mi diario. Me hizo ingresar en la vida pasito a pasito, tomando entereza, testigo de mis cambios, mi mejor apoyo. Donde perfectamente uno se conoce y se ve cambiar.

Escribo en papel. En libretas comunes, grandes, tamaño folio. Al principio con bolígrafo azul. Ahora con *pilot*. Cuando comienzo un nuevo diario, siempre le pongo una primera hoja inaugural, como una declaración de intenciones previa. Lo hice la primera vez también. Lo entendía con la misma filosofía que ahora, en eso no he cambiado. Creo que la primera vez fue un par de meses antes de cumplir los 14 años. Estaba aterrada, ahora lo sé, por pasar al Instituto. No precisamente porque tuviera que estudiar más, sino porque tenía que relacionarme con mucha gente. Cuando escribía, me notaba como si todos mis miedos los dejará prendidos en el papel.

Todo inicio de este tipo es pueril. Yo no soy una excepción. Contaba todo lo que me pasaba: cómo me sentía por ello; qué iba a hacer para solucionarlo. Pensaba en las cosas con la inexperiencia y la volatilidad que puede hacerlo cualquier adolescente, pero al ponerlos en el papel adquirían un sentido para mí, como si el argumento de tu vida cogiera un hilo conductor. Que si tal me gustaba, que si la gente me cogía manía por ser empollona ... (no puedo ser modesta; te digo la verdad de lo que era) pero siempre le sacaba una reflexión propia. "Si quieres gustarle, tal vez deberías ser un poco más femenina, porque ... Si no quieres que te tomen manía, deberías hablar más con la gente, para que vean que tú quieres ..." A mis propios problemas sabía encontrarles la solución, en una labor de introspección madura y sincera.

Escribía compulsivamente, 6 o 7 hojas por día. O bien, un par de ellas, pero tres veces al día. Todos los días prácticamente. Lo necesitaba. Me descargaba, me ayudaba a entenderme, a autotolerarme y a intentar llegar hasta los demás. Los primeros cuadernos fueron terminados muy rápidos. Los relea con

frecuencia, no me desagradaba, sino que me hacía verme a mí misma desde fuera, como actriz de la película de mi vida, y pensar, "esto lo hice bien, esto lo hice regular, mejoraré esta actitud, adelante, Rosa María, tú puedes con este mundo que no te comprende". Que no me comprendía, pero del que yo quería formar parte, no quería ser excluida.

Como un manual de autoperfeccionamiento. Cuando eres una crfa, sólo quieres ser aceptada, ser como los demás, que los chicos te miren y a las amigas les caigas genial. Ya sabes.

El formato normal de un día de diario, que no he modificado, es un encabezamiento con la fecha y el día (lunes, miércoles, sábado), porque no es lo mismo escribir un lunes que un sábado por la noche antes de salir, que el domingo por la mañana, cuando ya has salido. Y también la hora. Es importante. A las 2 de la madrugada está uno mucho más lírico que a las 2 de la tarde, con tu madre gritándote que pongas la mesa. Es obvio.

Para la interpretación de mi diario y de mi estado de ánimo es, pues, muy importante, fijarme en el día de la semana y la hora en la que escribí. Indica muchas cosas. Y cuando he terminado de escribir, firmo, tras despedirme de él. Con una de las firmas de estar por casa, la no oficial, y con mi nombre completo, que es el que me gusta. Todo el mundo me llama Rosa, pero yo prefiero que me llamen Rosa María; así lo hace mi familia, a la que adoro. A veces he firmado con mis, entonces, otros dos nombres: Sara y Annabel Lee. Dos pseudónimos que he utilizado a menudo. Ahora firmo con mi nombre.

¿Cuándo empiezo un diario y cuándo lo acabo? Pues cuando así lo siento. Veamos. En mis primeras etapas, digamos hasta los 17 o 18 años, lo terminaba cuando se me gastaba la libreta. Después los acabé, cuando presentía que había ocurrido algo muy importante en mi vida, un punto de inflexión que marcaba una etapa nueva, sentimentalmente hablando. Así que hay bloques de tres libretas y hojas sueltas, y bloques de media libreta. A todos les puse nombre, títulos, un lema, para distinguir lo que dejaba atrás de lo que comenzaba ahora. Un lema que resumiera lo que para mí había significado todo aquello.

En mis relatos, contaba, cuando era "mocita", todo, absolutamente todo lo que me pasaba, y lo comentaba. Algunas veces me perdía el lirismo, en crear imágenes dantescas, en hacer verdadera prosa poética, evocadora, a veces soñadora, a veces desgarradora, a veces estúpida y desesperada. Bueno, sé que la desesperación no es estúpida. Pero yo ahora sí lo veo un poquito al mirar atrás, desde mi trono de madurez, sobre todo porque entonces mi desesperación se llamaba X y tenía un pelo rizado inalcanzable para mí, para mis dedos. Otras veces eran simples y lógicos pensamientos, tranquilos, sosegados, muy constructivos, en su mayoría la reflexión macerada, pausada de los acontecimientos que el día anterior con tanto apasionamiento, ardor y semilocura había escrito. Y lograba encontrarle una explicación a mi conducta, a mis pasiones, a mis bajones, a mis letras poseídas del furor o del amor más exagerado. Y así me iba automoldeando, definiéndome. Te das cuenta como eres, como quieres ser y comienzas una labor de catarsis continua que ha durado muchos años y de la que estoy tremendamente orgullosa. (...)

Releía con frecuencia. Me gustaba. Aunque no siempre es fácil. Una de las virtudes del ser humano, al que admiro y deseo su continuidad (soy una humanista; la vida y el pensamiento adornan el mundo), es que puede olvidar, y un diario, simplemente, te lo prohíbe. Es revolcarse en el barro del recuerdo. La memoria es sabia y selecciona lo que debe permanecer en ella, puesto que no es que no sea ilimitada, es que no puede hacerle esa jugarreta al corazón, pobrecito. Los que escribimos un diario tenemos que tener cuidado con las relecturas. Es abrir brechas, ya cerradas en algunas ocasiones, gratuitamente, por puro morbo malsano. Pero esto lo he aprendido ahora, ahora lo sé, con 25 años. No te niego que es un medio precioso para recordar las cosas a largo plazo, y a corto (cortísimo, de días) plazo. Es cuando la relectura produce sus efectos y encadena la historia de tu vida, la entiendes y cobra su sentido; entonces el diario es, por un lado, anecdotario de vida y sentimiento, y por otro, tu propia construcción interior, realizando la labor para la que lo has destinado. Pero la relectura a medio plazo es un paseo por el dolor. Yo perfectamente puedo leer algo de hace más de tres años, y algo de hace unos días o unas semanas. No puedo, no debo, no quiero hacerlo cuando se encuentra a medio cicatrizar. Entre los tres años y los tres meses del

último escrito. Creo que me entiendes. Entonces no dejas que tu memoria olvide, supere y pase la página de verdad. Y así no se puede vivir, te lo aseguro. (El parámetro de tiempo es simplemente aproximativo. Un ejemplo.) El tiempo no siempre tiene por qué ser un enemigo. Yo he aprendido que hay que dejar fluir las cosas de forma natural. Hasta que me di cuenta, he hecho verdaderas incursiones incendiarias por mi corazón, puesto que creía que así debía ser para entenderme. Ahora soy más buena y tolerante conmigo misma.

A partir de los 21 empecé a escribir con menos compulsión, pero no con menos apasionamiento. Es decir, lo cogía, lo hacía no tan a menudo, cada 2, 3 días aproximadamente, pero la lectura es más amable, y las imágenes, más maduras, más tranquilas. Llegó un momento en que me acepté y me encariñé conmigo misma. El diario siguió haciendo su labor en mi tránsito hacia un ser completo, una mujer verdadera. No una niña hipersensible, y bicho raro. Supongo que muestra con palabras el hecho de que logré ser aceptada, caer simpática, cambiar mi imagen, gustarme, y gustar. En general. Y entonces el diario fluye, manso como un río a veces, con sus saltos de agua, sus cascadas, sus piedras y rocas negras, sus turbulencias. Pero fluye mejor, más rápido y más hermoso.

Después ha habido épocas en que no he escrito. Una vez al mes, un verano 3 o 4 veces. No me sentía obligada, nunca me ha obligado. En ocasiones necesito desconectar hasta de ti misma. No me ha importado hacerlo, pero cuando luego lo he retomado, me ha gustado resumirle, al principio de la narración, los acontecimientos principales. Que no se rompa el hilo. Que no se rompa.

La época en que tengo perfecta consciencia de que algo raro pasó fue hace unos dos años y medio. He tenido muchas relaciones, y nunca me ha importado, buenas o malas, meterlas en mi diario, desde el principio hasta el final. Por supuesto; pero la que mantuve durante casi dos años me tenía ... no sé cómo decirte ... amordazada. De corazón y de palabra. Soy muy parlanchina. No tengo pegas en contarle a todo el mundo mis penas, pero, cuando son en verdad muy serias, cuando son terriblemente fuertes e íntimas, sólo al diario. Y aquí, ni al diario. No podía escribir. Me anulé. Sufría tanto que me aterraba



sentarme a reflexionarlo, a buscar las razones por las que una persona estaba logrando destruir todas las ilusiones, la vida, el futuro que me había construido, y sobre todo diluyendo toda mi vida interior. No era capaz de ver el diario como un amigo, sino como un *boomerang*: si mi dolor caía sobre él en forma de letras, ellas volverían a buscarme. No era capaz de enfrentarme a mí misma, no era capaz de sincerarme, así que no era capaz de escribir. Nunca he mentido al diario. Nunca. Pero no sabía cómo afrontar aquello. No sabía ni cómo contarle qué es lo que me estaba pasando. Tenía miedo a ver la verdad escrita ante mí.

Así que estuve mucho tiempo escribiendo, sí, pero no de verdad, sino trivializando. Bueno, tampoco es eso. Lo que hacía con el diario era escribir sobre temas que me importaban, meditándolos con profundidad, razonándolos, dando al diario mi postura: sobre la familia, los amigos, la sociedad de consumo, el último libro que había leído, la femineidad, en fin cualquier cosa. Siempre he escrito sobre todo esto y, también sobre mí. Ahora me ignoré. No le permití al diario recoger lo que de verdad sentía en el tema que me estaba jodiendo la vida, porque esa era la palabra. Pero cuando ya no pude más, un día que me miré al espejo y no me reconocí, retomé mi vida. Y un bolígrafo. Empecé a aclararme y a encontrar fuerza y fiereza. Me rebelé. A los tres meses corté. Y empecé una vida nueva. Una etapa, mucho mejor.

Aún no he separado la historia anterior de ésta, la actual. Es decir, llevo desde hace tres años y medio la misma libreta, un "poliblok" de hojas de cuadros. Y he puesto a continuación el resto de mi vida. ¿Por qué? Porque aprendí la lección más importante, y no quiero que se me olvide: ante todo, y sobre todo, estoy yo. Que aquello pasó, que yo sigo viva, llena de ilusión y que mi ser, desde entonces, fue *in crescendo*. La última libreta, ya muy gruesa, es el símbolo de la transición; los años malos quedan detrás de los buenos hasta físicamente. Con ocasión de esta carta, me estoy planteando que ya es momento de sacar de ahí esos años, poner hojas nuevas y seguir. Sí, creo que lo haré. Ya no me hace falta tenerlo ahí.

Este diario, el último, está concebido además con un concepto diferente. Si antes sólo eran mis letras, en los dos últimos he integrado otras cosas: fotos pegadas, artículos que me han gustado y los he

comentado después; poesías de *La arboleda perdida*, frases de la biografía de Alberti, mi amado Alberti, comentarios de películas. Cartas importantes, tanto las que me han escrito como las que yo he enviado. A veces, las cartas a tus mejores amigos son reveladoras. O simplemente, les cuentas lo que deberías contarle al diario, así que por no escribir lo mismo dos veces (no hay corazón ni mano que aguante eso), las fotocopia y las pego antes de enviarlas. Sobra decir que esta carta seguirá idéntico procedimiento. En los cuadernos anteriores incluí también dibujos míos, ilustraciones. Así el diario se ha hecho más dinámico, más variado y colorista. Ya no tengo necesidad de encerrarme tan sólo en mis propios pensamientos (ahora, afortunadamente de pura felicidad), sino que me abro al resto de realidades, y los tamizo, a través de mí, volcándolos después en las hojas. Se ha enriquecido, creo yo. Ya no están sólo mis palabras. Otras, hermosas, lo embellecen también. Y después, mi opinión personal sobre ellas.

Ahora escribo cuando me apetece. Tres o cinco veces al mes. Tal vez más, pero no mucho más. Ahora soy muy feliz, y cuando se es feliz, se escribe también, pero es cierto que menos. Ahora sigo haciéndolo como ejercicio literario, como modo de seguir el hilo, y también porque sería muy presuntuoso pensar, por mi parte, que con 25 años ya no tengo nada más que construir y que perfeccionar en mí misma. Estoy en constante cambio: me gusta pensar que soy como una crisálida continua, cambiando la piel en determinadas épocas, porque se me queda pequeña la envoltura, y renazco con unas alas cada vez más llenas de luz y de colores. Por eso seguiré escribiendo mientras pueda. A mi ritmo pero seguiré. El prisma cambia. Y yo necesito de vez en cuando escaparme a las alturas.

¿Qué haré con mis diarios después? No lo sé. Pero no quiero quemarlos ni destruirlos. Ni tampoco que se vayan a la tumba conmigo. Es demasiado esfuerzo, sabiduría y amor como para perderlo de esa manera, convirtiéndose en ceniza o tierra. No quiero que mis palabras y el resto de mis vivencias no sirvan a nadie. El papel perdura. Es un soporte.

Posiblemente (no, ciertamente) no me gustaría que los leyera nadie que me hubiera conocido. No quisiera que los leyeran mis padres. Hay muchas

cosas que jamás comprendieron y que seguirán sin comprender. Tampoco que los leyera mis hermanas ni mi novio, aunque tal vez si alguno de éstos últimos me lo pidieran, dentro de un tiempo, tal vez no me negara.

Pero realmente, a mí me gustaría, cuando fuera muy viejecita, tener una nieta, una sobrina o una hija lo suficientemente abierta de mente como para cuidarlo, sensible para entenderlo, inteligente para aprender de él, y respetuosa como para valorarlo, conservarlo y pasárselo a la siguiente generación, a la persona que presente iguales características. Tampoco me importaría que fuese un chico. Ese sería mi ideal. Y quiero pensar que así ocurrirá. Otra posibilidad me inquieta. Sí, me preocupa qué hacer con ellos. Pero quiero que permanezcan. Si no es alguien de mi familia, no me importaría que fuese un extraño. Dejará de serlo en cuanto lo lea. Pero espero que por entonces pueda ver una fotografía mía. La voz, aún callada y gris como la de las letras, precisan de una imagen, de una personalización. No quiero que me imaginen de otra forma salvo como soy.

Podría decirte que un diario es un foco de problemas, pero considero que me ha resuelto tantos, que se minimizan los que te pueda dar. Opino, con toda franqueza, que debería ser algo que practicara todo el mundo. Te ayuda tanto a madurar, a purificarte y a ser tolerante y reflexivo que, desde luego, toda la gente se relacionaría mejor, se reducirían los radicalismos y las listas de psicólogos. La gente sería más amiga, más familiar y más entera por dentro. Lo que mantiene a una persona de pie es el catalizador interno. El diario es un instrumento de precisión para formarlo y analizarlo. Al fin y al cabo, tras las hojas no hay nadie salvo tú. Tú. Al otro lado del espejo.

PS. Espero que todo esto sirva para tu investigación. Me encantaría que me contestaras, que me contaras de qué va, cómo lo estás enfocando, cuánta gente te ha escrito y si es posible que te vuelvas loco con tantas historias. Espero no haberte cansado, pero soy incapaz de hablarte de mi diario sin todo lo demás. Va irremediamente unido.